

MANUEL BARRIOS AGUILERA *IN MEMORIAM*

MIGUEL LUIS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

Concluyendo el mes de abril nos dejaba el profesor D. Manuel Barrios Aguilera, tan ligado a esta revista, de la que fue su director durante décadas y en los últimos años ostentaba el nombramiento de director honorario.

Con motivo de su jubilación, hace diez años, *Chronica Nova* publicó una amplia semblanza en torno al magisterio y buen hacer del profesor Barrios Aguilera, con una completa relación de sus obras publicadas (Inmaculada Arias de Saavedra Alías, “En la jubilación de Manuel Barrios Aguilera”, *Chronica Nova*, 37 (2011), pp. 381-400), en las que no voy a insistir ahora, muchas de ellas hitos editoriales en las temáticas en que destacó como un experto reconocido dentro y fuera de nuestras fronteras, como es el mundo morisco (con sus modélicas monografías *Granada morisca, la convivencia negada* de 2002 y *La suerte de los vencidos* de 2009, entre otras obras), la repoblación del reino de Granada (clásica es la obra en coautoría con Margarita Birriel, *La repoblación del reino de Granada después de la expulsión de los moriscos* de 1986, además de diversos estudios sobre “libros de apeo y repartimiento”) o los libros plúmbeos del Sacromonte (con las obras que coordinó tan acertadamente con Mercedes García-Arenal, *Los Plomos del Sacromonte. Invención y tesoro* en 2006 y *¿La historia inventada? Los libros plúmbeos y el legado sacromontano* 2008, además de sus estudios personales que se citan más adelante), entre otras materias en que mostró gran interés con una visión de historia social cada vez más inclinada hacia la historia de las mentalidades.

No en vano en esa última vía de investigación se entrecruzan las aspiraciones moriscas con los fraudes arqueológicos de la Alcazaba, las estrategias diocesanas de reafirmación, la defensa del concepcionismo, las misiones interiores, la piedad popular, la proyección literaria y las guerras “granatenses” con sus variados e intrincados intereses, como se muestra con profusión en los más diversos “defensorios” sacromontanos que él ha rescatado, estudiado y conectado entre sí.

Con menor intensidad que antes pero con la acostumbrada solidez intelectual, en esta última década no abandonó su labor investigadora y, entre otros trabajos, se ha visto completada con tres títulos muy destacados y enriquecedores:

- *La invención de los libros plúmbeos. Fraude, historia y mito*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2011.
- *Falsarios de novela: sobre historia y literatura*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2016.
- *El ciclo falsario de Granada: de los Libros Plúmbeos a los fraudes de la Alcazaba*, Granada, Comares, 2021.

Si el primero de estos tres fue su peculiar “testamento” intelectual, el último ha resultado ser su “codicilo”, actualizado, matizado, enriquecido. Hasta última hora continuó, por tanto, su intensa labor de divulgación histórica, de la que es un claro referente en el modernismo español. Dedicó su esfuerzo a temas siempre cruciales para la Historia de España, dominando ese “largo siglo XVI” que centra el grueso de su investigación. Tiempos y espacios de frontera, donde supo desentrañar los intersticios de la Historia. Manuel Barrios lo hizo con solvencia, pasando de unos temas a otros sin estridencias, como una derivación natural en la que cada paso presagiaba y afianzaba el siguiente, siempre bajo una marcada lógica coherencia. Algunos de los términos por él acuñados y difundidos han tenido enorme éxito y forman parte del acervo instrumental de buen número de investigadores, como el “bucle metahistórico”, la “convivencia negada”, el “ciclo falsario” o el “paradigma (castriano) contrarreformista”. Y, en todo caso, defendía con rigor e integridad insobornable, rectitud ética y vehemencia intelectual sus conclusiones, por más que ello pudiera acarrearle algunos sinsabores. Por supuesto, la figura de Manuel Barrios nos deja una huella alargada e indeleble, de forma especial en sus abundantes publicaciones (más de doscientos trabajos de investigación), su mejor legado humanista, que hay que seguir releendo y asimilando por el calado de sus contenidos e interpretaciones. Parafraseando la idea (renacentista) de la fama que pregona la inscripción de la lápida del Gran Capitán: “gloria minime consepulta”.

Procede ahora sumarnos al dolor y al vacío que atenaza a su familia y a la vez glosar algunos aspectos cotidianos y profesionales de su inconfundible personalidad, forjada a lo largo de ochenta años de vida; todo ello como tributo de admiración y reconocimiento a una trayectoria académica rica como pocas y muy fructífera, como se deduce de su ingente producción y de las investigaciones llevadas a cabo por quienes recibieron de él un magisterio directo o bebieron en sus ensayos como inspiración o punto de partida de otros trabajos de investigación.

Es la hora de la persona. Al expresar mis recuerdos, deseo añadir asimismo las vivencias que me han participado otros compañeros y compañeras del Departamento de Historia Moderna y de América, donde ha dejado una huella indeleble durante casi cincuenta años.

A nadie escapa que sus aportaciones son hoy imprescindibles para el conocimiento histórico del reino de Granada después de la caída de la dinastía nazarí; en esta línea, con una visión global desde tiempos plenomedievales hasta el arranque de la contemporaneidad, concibió junto a otros colaboradores la monumental *Historia del Reino de Granada* (2000). Y como ésta, pueden aducirse otras muchas obras colectivas, en torno a una quincena como editor o coeditor, que solventó con maestría invitando a quienes tuvieran algo solvente que decir y con una clara apuesta por la interdisciplinariedad. Ha contribuido así, de una forma inequívoca, a conformar ese espacio geopolítico y sociocultural

tan peculiar como una auténtica categoría histórica. No sólo con sus propias publicaciones, sino también con la promoción de foros de debate y aportación de conclusiones por parte de investigadores consagrados y noveles, que han ido otorgando, en lo que al modernismo se refiere, esa carta de naturaleza al reino granadino. Curiosamente su propia trayectoria vital lo cubre con bastante amplitud: su nacimiento en Almería, su infancia y juventud en tierras granadinas (Moclín y Granada), así como el desempeño de su carrera educativa en Ventas de Zafarraya, Alhama, Montefrío, Loja y sobre todo Granada, o las más recientes vinculaciones familiares con el ámbito malagueño.

Apostó ante todo por foros de discusión y propuestas, huyendo de macrocongresos impersonales y poco definidos, porque le interesaba el avance del conocimiento en las parcelas concretas en las que descollaba su autoridad y competencia. Para ello no dudó en explorar grupos de trabajo, incluso al margen de un reconocimiento oficial, que han dado excelentes frutos, como es la defensa de media docena de tesis doctorales leídas bajo su dirección, a cuyos autores incorporó decididamente al grupo de investigación del departamento (“Andalucía Oriental y su relación con América en la Edad Moderna”), cosa poco habitual esta de incluir en tales grupos a personas ajenas al círculo universitario.

Si la investigación era buena, la defendía y apoyaba sin necesidad de otro marchamo o etiqueta, y así estableció redes informales con diversos profesores de Granada, de Málaga, de Almería..., interesados especialmente por los moriscos y la repoblación, bajo cuya responsabilidad afloraban ricas sugerencias para jóvenes investigadores. Algunas de las iniciativas que coordinó corresponden a congresos científicos del máximo nivel y amplia envergadura -por ejemplo, en la conmemoración de la expulsión de los moriscos de España, en su cuarto centenario (2009)-, pero gustaba sobremanera de asambleas más eficientes que formales y de distancia corta, donde poner en común y debatir, mostrar intuiciones y sugerir, con el más manejable formato del coloquio, jornada o seminario. Y en ellos destacaban sus estudios de solidez, con impecables estados de la cuestión, abriendo nuevas perspectivas y nuevos temas de estudio, y revalorando viejos temas frente a una historiografía clásica en la que no se ubicaba. En este ámbito de trabajo en equipo concurren no sólo modernistas, sino también medievalistas, arabistas o antropólogos, en una concepción abierta del saber que sabía aprovechar las sinergias de los distintos campos y ópticas de estudio, y que fluía con naturalidad.

Y ese apoyo se consumó de una manera evidente en el impulso que dio al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, área de gestión universitaria que sí despertó su atención y a la que dedicó más de quince años de esfuerzo continuado, hasta convertir el servicio en una auténtica editorial. El rigor científico y el amor por el libro bien hecho marcaron las pautas de su actuación en este campo, junto a su irreductible defensa de lo público (que mostró sin ambages en todas sus facetas profesionales), a la vez que, enarbolando

la bandera de una necesaria especialización, impulsó colecciones temáticas, en las que la Historia tuvo una presencia destacada y en general las Humanidades. Fue la oportunidad para que muchos autores, principalmente las jóvenes generaciones de historiadores, dieran a conocer los resultados de sus investigaciones, gracias a la colección “Chronica Nova” o la más que consolidada “Archivum” (él mismo realizó modélicas ediciones comentadas de obras antiguas rescatadas así del olvido), junto a la “Biblioteca de Estudios Moriscos”, fruto de una colaboración entre las universidades de Zaragoza, Valencia y Granada, en la mejor línea de cooperación –nunca de rivalidad– que siempre defendió para las editoriales universitarias.

Papel similar jugó la revista *Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, a la que se consagró en cuerpo y alma desde 1985 hasta 2010, imprimiéndole en gran medida el nivel y reconocimiento que hoy tiene en el mundo académico, avanzando en la vía de la especialización al introducir ya en los últimos años de su dirección un dossier temático en cada número y sin renunciar, *rara avis* en el panorama actual, a las reseñas bibliográficas, que son un clásico en nuestra revista, e incluso a las crónicas de actividades desarrolladas por el Departamento. *Chronica Nova* es un referente en el modernismo español y, de una manera especial, en las investigaciones sobre el reino de Granada en las últimas décadas. Como tantos otros jóvenes –entonces– del Departamento tuve la fortuna de colaborar estrechamente con él como secretario de la revista (en los años a caballo entre los siglos que vivimos), como también auxiliándole en las tareas burocráticas del Grupo de Investigación del Departamento, que él dirigía. Precisamente la última intervención universitaria que recuerdo de nuestro compañero Manuel Barrios fue en la mesa redonda sobre “Aportaciones al conocimiento y a la docencia de la revista *Chronica Nova* en sus 50 años de existencia”, que tuvo lugar el 5 de marzo de 2020, sólo unos días antes de la declaración del estado de alarma por la pandemia.

Las cualidades de su trabajo ya esbozadas no tendrían explicación en buena medida sin mencionar el alto valor que concedía a la docencia. Su experiencia en enseñanza primaria reforzó sin duda su consideración personal de la docencia universitaria. Durante algunos años compaginó ambas, pero se decantó finalmente por esta segunda, sin olvidar nunca que su condición de maestro -estudió Magisterio en la Escuela Normal- le había facilitado los estudios universitarios en Filosofía y Letras, que culminó con brillantez en 1975, con una formación en gran medida autodidáctica. En 1978 logró el Premio Extraordinario de doctorado. Ya se advertía que era, en el mejor sentido de la palabra, un apasionado de la Historia, cuyo estudio no reconocía sin la carga crítica que demanda y que él fue forjando de forma muy personal sobre la base de unas lecturas sólidas y nada sectarias, entre las que sin duda destacó la figura de Fernand Braudel.

Sus alumnos recordamos cómo nos hizo descubrir el braudeliano *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, junto a otras joyas

como el *Valladolid en el Siglo de Oro* de Bartolomé Bennassar o la *Andalucía, ayer y hoy* de Domínguez Ortiz. Invitaba a sus alumnos, y yo así lo hice, a elaborar nuestro propio fichero de lecturas, que entonces era necesariamente manual a base de fichas rayadas en las que recoger un resumen de cada libro y unas impresiones personales, que en mi caso solía abrir con las reflexiones del profesor Barrios. Estas acciones instrumentales exteriorizaban sus sólidas propuestas sobre la forma de hacer Historia, el oficio del historiador, proponiendo en su magisterio, en el aula y en el archivo, la necesidad de elaborar hipótesis, analizar textos e imágenes, sintetizar e interpretar, labor ésta irrenunciable para el historiador. Y en tales propuestas rezumaba, algo aún no muy extendido hace cuarenta años, la modernización del saber histórico, elevado -con su lógica idiosincrasia- a la categoría de ciencia. Bien se aprecia en sus recomendaciones del didáctico y emblemático *Por qué la historia* de Tuñón de Lara, en la selecta y cuidada bibliografía que siempre nos brindaba, en su inclinación por los debates históricos (como el de la transición del feudalismo al capitalismo, de Dobb, Sweezy, Takahashi..., por entonces tan revelador) y, desde luego, en su agudo olfato histórico. Emanaba entonces la faceta más genuina de sus particulares “combates por la historia”, y siempre como trasfondo el compromiso social del historiador, del que ha resultado ser gran luchador.

Esta faceta docente, madrugadora, siempre a primera hora de la mañana, llegando a la Facultad aún de noche -nunca logré llegar antes que él-, la dedicó de una manera especial a impartir asignaturas comunes en la antigua licenciatura de Historia (con especialidades) y también en los nuevos grados, de forma que lograba despertar en muchos alumnos la preferencia por la Historia Moderna, y en particular la Historia Moderna Universal. Y lo hacía con autoridad, de la voz y de los gestos, muy suyos, que sus alumnos recuerdan con nitidez. Persona de carácter, profesor exigente con el alumnado, como lo era consigo mismo en la preparación de las asignaturas -cuyos temas conservo con respeto y hasta con veneración-, lograba sin embargo imbuir al alumnado el rigor que requiere el estudio de la Historia y el esfuerzo personal en su estudio, sin desdeñar la mencionada y necesaria actitud crítica. Imponía, desde luego, la obligada tutoría post-examen en su despacho, rodeado de los muebles clásicos que le gustaban, solemne y acorde con las circunstancias -sin omitir la corbata-, sobre la certeza de que un examen era mucho más que un trámite y que requería de un cambio de impresiones más allá de la simple calificación. Era un modo también de aprender.

Sin dejar el terreno docente dio consistencia en el plan de estudios de nuestra universidad a la asignatura de Historia Moderna de Andalucía. Fue su paladín, con tal éxito que en las sucesivas remodelaciones de planes de estudio se ha mantenido y goza de extraordinaria vitalidad. Un éxito que se completa con el añadido de reivindicar Andalucía como categoría histórica, en su unidad y diversidad geográfica y cultural, que conocía bien por sus investigaciones y sus incansables lecturas, y desde luego alejada de apriorismos e identidades

obsesivas. Una historia por construir, subrayando su unidad y su diversidad, con visión panorámica y con el descenso a matices. Construir la historia de Andalucía en las dos últimas décadas del pasado siglo no fue tarea fácil, sino una labor exigente en la que Manuel Barrios cumplió un destacado papel. Y llevarla a las aulas, en los planes de estudio, sin caer en un hueco regionalismo, era tarea aún más ardua. Como en toda su labor docente, se imponía ante todo “comprender” la Historia de Andalucía.

Precisamente la cercanía en los temas atrajo el interés de muchos alumnos que abrazaron su magisterio, pero también se tradujo en la misión de la “alta divulgación” histórica que asumió en primera persona y que alentaba continuamente a su cultivo por los historiadores, reivindicando un menester que a menudo queda en manos de plumas ágiles pero nada especializadas en Historia. Sus artículos para *Ideal* o *El Fingidor*, junto a otras iniciativas de gran proyección social, y la colaboración en el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia (de la que era correspondiente) muestran el empeño en esta labor, que ciertamente nunca debemos abandonar a su suerte, que es la suerte interesada de terceros.

Sus reflexiones, en este sentido, sobre la novela histórica son altamente enriquecedoras y muestran su peculiar forma de estar en el mundo. Tal es el caso de la narrativa o del cine, de los que era un ávido consumidor. La práctica del fútbol y la vida hogareña y familiar eran otros tantos elementos de su personalidad, más allá de lo estrictamente académico. Nunca faltaban amenas conversaciones sobre esos y otros temas en torno a un café en medio de ese refugio doméstico que era su biblioteca con más de 7.000 volúmenes. Aquí brillaba sin sombras su amor inquebrantable por los libros. Y se podía conversar, sin frivolidades, sobre lo divino y lo humano, como insiste Inmaculada Arias de Saavedra.

Hago más para concluir las palabras de Marga Birriel al definirlo en una reciente semblanza como “pensador de pasados, constructor de presentes y, por supuesto, de futuros”. Ese perfil más humano es el que tratan de reflejar, creo que en nombre de la revista y de nuestro departamento, estas, aunque breves y desordenadas, sentidas ideas.